

A MIS LECTORES

En vano buscaréis sistema en las páginas que siguen. No lo he construido y lo rehusé a propósito. Dejo que Cioran diga por qué:

“Éste es el drama de todo pensamiento estructurado: el no permitir la contradicción. Así se cae en lo falso, se miente para resguardar la coherencia. En cambio, si uno hace fragmentos, en el curso de un mismo día puede uno decir una cosa y la contraria. ¿Por qué? Porque surge cada fragmento de una *experiencia* diferente y esas experiencias sí que son verdaderas: son lo más importante (...). En el sistema sólo habla el controlador, el *jefe*. El sistema es siempre la voz del jefe: por eso todo sistema es totalitario, mientras que el pensamiento fragmentario permanece libre”.¹

De lo bueno y de lo malo al mismo tiempo, es decir: de la censura y del aplauso, de la violencia o timidez de mis palabras, de la angustia y del optimismo, de la denuncia, la provocación y seducción de este ensayo, responsabilizo *también* a mis alumnos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense. Ellos me han sido reactivo y no pocas veces sugestión. Por eso estuvieron presentes a la hora de redactar estas páginas. Hay otros, de cuyos nombres prefiero huir —porque ya no serían amigos—, que están sin duda aquí implicados. Y estáis vosotros, con quienes hasta ahora no he contado, aunque me sienta obligado a hacerlo a partir de este momento: sois la constatación oportuna, forzados receptores anónimos de esa imposibilidad límite en donde a diario me sitúa la *comunicación*.

¹. SAVATER, F., “Entrevista a E.M. Cioran”, Madrid, *El País*, 23.10.1977.

PRESENTACIÓN

El abordaje del otro comienza en la tierra. Tierra es la primera evidencia, la inmediatez del reconocimiento de mí como yo-mismo. Piso tierra al levantarme y al ir al trabajo; tierra me sostiene en el universo cuando hago el amor y tierra me espera para cubrirme al morir.

Desde esta tierra, en y nada más que sobre esta tierra, es posible la eclosión. Tal vez algún día, otro que yo diga también, al unísono conmigo, “tierra”. Pero aún no lo sé y nada me hace esperar que suceda.

En esta tierra, de la que apenas sé que es mía porque en ella me proyecto y me descubro, sé también que hay otros que a su vez luchan por su identidad. Pero ninguna prueba está a mi alcance que me dé la evidencia de que buscan lo que yo busco y y de que luchan como yo lo hago. El otro es el más recóndito de los enigmas, aunque el más cercano e inquietante de los misterios.

Sé tan sólo que otros existen —o pueden existir— igual que yo, porque de ellos me hablan los cambios de las cosas que son mías y que pasan por sus manos. Les oigo en mi lenguaje y les siento cuando me miran o me acarician, o cuando destruyen la alegría de mi paisaje.

Yo existo en la tierra. Es esta constatación la que me hace intuir otras existencias. No agoto el campo de proyección de mi existencia y soy consciente de mis límites. Hay cabida para la confrontación, para el contraste y la negación de mi absolutez que otros me brindan desde la oscuridad del misterio.

Allí, a la médula de ese mundo del más allá, pretendo llegar, aunque no me gustaría encontrar nuevos dioses. Por eso tengo miedo y presiento que los otros también. La búsqueda —proyección o reflexión— está ahí. Eso justifica mi existencia y hasta el ámbito prohibido de los otros.

Hay una fuerza interna que me conmina a violar el ámbito de lo sagrado, ese mundo que me ha sido negado y que día tras día, minuto y segundo tras segundo veo cómo se me aparta bruscamente sin desaparecer del todo. Es posible que algún día sea mayor que ellos, aunque entonces “mi reino ya no sea de este mundo”. Por eso lucho sin ganar la victoria definitiva: mi lucha es parte de mi victoria; mi victoria es razón de ser y trampolín para la lucha de mañana que estoy preparando ahora.

Pero mañana sólo existe en la potencialidad de mi ahora. Mañana nunca llega —ni lo deseo— porque entonces perdería mis armas y coraje... y hasta mi enemigo.